

El mito de lo vasco en la forja de la Venezuela colonial

Manuel Hernández González

Introducción

Estudios recientes han cuestionado la interpretación tradicional que pone especial énfasis en la influencia decisiva de lo vasco y la Compañía Guipuzcoana en la configuración de la Venezuela colonial¹. Siguen en definitiva la línea abierta por los trabajos de Arcila Farias², que sitúan el origen real del auge de las exportaciones cacaoteras a partir de 1670, vinculado al desarrollo de vías alternativas como el comercio con México, a las relaciones mercantiles con Canarias o al contrabando. Estos autores, al considerar la Compañía como un intento claramente monopolista del mercantilismo español para conectar las rentas y el comercio venezolano con la Monarquía, ponen en cuestión su eficacia real. Su esfuerzo fiscalizador se fundamentó sobre los pequeños cultivadores que vendían sus producciones a los contrabandistas en el Yaracuy y Barlovento, lo que explica la animadversión que gozó entre ellos y el odio hacia lo vasco personificado en las rebeliones de San Felipe de 1739 y de Juan Francisco de León de 1749.

Sobre su eficacia real, la rentabilidad de las exportaciones canarias de cacao venezolano a Cádiz llevaron a la Guipuzcoana a intentar limitar y prohibir el comercio isleño con el país del Orinoco³, una relación mercantil entre ese archipiélago y los puertos venezolanos de carácter permanente que subsistió durante el monopolio de la Compañía, pero que curiosamente sigue siendo ignorada por la historiografía venezolana, incluso en obras recientes de la

entidad del Diccionario de Historia de Venezuela de la Fundación Polar. Similar “olvido” es aplicable a la perspectiva demográfica. Estudios basados en los libros de casamientos de las catedrales, desde el pionero de Iturriza Guillén sobre la Catedral de Caracas al más reciente de Antonio Macías Hernández sobre los foráneos en las parroquias urbanas caraqueñas⁴, han puesto en cuestión esa supuesta prevalencia vasca, demostrando el carácter mayoritario de los canarios incluso en la misma capital de la colonia, con proporciones que alcanzan el 75’8% de los contrayentes blancos inmigrantes entre 1710-29. Y ello a pesar del carácter familiar de la migración canaria, en la que el grueso de los inmigrantes había contraído nupcias en su lugar de procedencia. Proporción que alcanza niveles superiores al 90% en el mundo rural en pagos como La Vega o San Diego de los Altos en el mismo Valle de Caracas. Sin embargo, paradójicamente la más reciente historiografía venezolana, anclada en los tópicos tradicionales y parca en estudios demográficos, no se ha enterado todavía que al tener Canarias comercio directo con Venezuela a lo largo de toda la época colonial, e incluso con las vecinas islas antillanas extranjeras, sus inmigrantes se embarcaban en esos buques sin tener que registrarse en Sevilla, por lo que nunca han figurado ni aparecerán en las matrículas oficiales de pasajeros a Indias.

Al tiempo que se medita abiertamente sobre el alcance real humano y socio-económico de la Guipuzcoana y los vascos, en la misma Euskadi se cuestionan abiertamente

te los tópicos raciales arquetípicos que en buena medida han servido para forjar la mitología de lo vasco en la historiografía venezolana. Continuando con la línea abierta por Jon Juaristi, el antropólogo Mikel Azurmendi en un extraordinario estudio reciente⁵ ha puesto en cuestión los mitos de identidad racial y pureza de sangre de los que se sirvió la historiografía positivista venezolana para sus interpretaciones racistas que vinculaban el progreso venezolano a la presencia en su suelo de una raza indómita y legendaria que abrió el país hacia el progreso. Un análisis crítico riguroso sobre autores como Larramendi, que significativamente sirven como soporte teórico de las virtudes ancestrales y la hidalguía de esa etnia, lo ha puesto en cuestión. Sobre la edificación de ese andamiaje teórico, que sigue en buena medida presente en la actual historiografía venezolana, girará este trabajo.

El precedente de Andrés Bello

Sólo un precedente, pero con características analíticas diferentes, ensalzó la contribución de la Compañía en la historiografía venezolana anterior al positivismo. Nos referimos a Andrés Bello, curiosamente uno de los más claros ejemplos de la estrategia familiar endogámica de la migración canaria. Sus 8 bisabuelos y una abuela se trasladaron desde las islas hacia Venezuela. Todos ellos procedían del norte de la isla de Tenerife y reforzaron esos vínculos con tal casamiento. En su *Resumen de la Historia de Venezuela*, impreso en el *Calendario Manual y Guía Universal de Forasteros para el año de 1810* fue un nuevo monopolio “tan útil en su institución como ruinoso en sus abusos, a favor del cual empezó a salir de la infancia su agricultura y el país conducido por la mano de una compañía mercantil, empezó a dar los primeros pasos hacia su

adelantamiento. La metrópoli recobró un ramo de comercio que se había substraído injustamente de su autoridad”. En Bello se aprecian las contradicciones de un discurso que es todavía genuinamente ilustrado. Afirma que a la Guipuzcoana “tal vez podrían atribuirse los progresos y los obstáculos que han alternado la regeneración política de Venezuela”. Al vincular con ella “el impulso a la máquina que planteó la conquista y organizó el celo evangélico, estaba sentando las bases de su supuesto papel regenerador. Dice que supuestamente integró a los conquistadores y conquistados en una sola familia, prosperando “el sudor común con que regaban en beneficio de la Madre patria una tierra hasta entonces tiranizada por el monopolio de Holanda”. Hoy sabemos que es un planteamiento erróneo porque por esas fechas el comercio principal era con México, pero a esos postulados le siguen unos planteamientos étnicos bajo el disfraz de la Ilustración: “la actividad agrícola de los vizcaínos vino a reanimar el desaliento de los conquistadores y a utilizar bajo los auspicios de las leyes la indolente ociosidad de los naturales”. Aquí encontramos por vez primera el determinismo geográfico y étnico como justificación del progreso social, un condicionante que convertirá en ciencia el determinismo. Poco importa que el desarrollo cacaoero fuera muy anterior a la Guipuzcoana y que ésta lo que hiciera fuera imponer sus condiciones de exportación a los pequeños cultivadores a través de leyes como la alternativa y procedimientos de vigilancia tales como la prohibición de llevar por mar la producción a La Guaira o el acrecentamiento del control con buques de inspección⁶.

Para Bello la virtud de la Compañía fue sacar a Venezuela de la infancia. Parte de un error histórico al suponer que a ella se debe el tráfico con México, cuando es justamente al contrario: “Tales fueron los

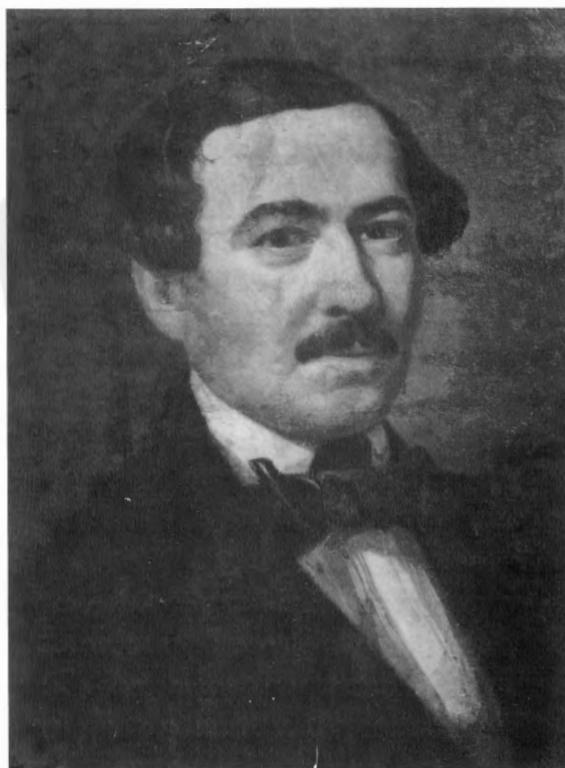
efectos que harán siempre apreciable la institución (...) si semejantes establecimientos pudieran ser útiles cuando las sociedades pasando de la infancia no necesitan de las andaderas con que aprendieron a dar los primeros pasos hacia su engrandecimiento”. Pero una vez adulta quiso ya Venezuela “desembarazarse de los obstáculos que le impedían el libre uso de sus miembros”. Es ahí, en ese punto, en el que se convierte en un abuso para el pensamiento librecambista del caraqueño: “su preponderancia en el país burlaba todas las precauciones con que Carlos III quiso conciliar sus intereses, los de sus vasallos de Venezuela y los de su propio erario. La Compañía abusó en tal manera de todo que fue necesario pensar en una verdadera y sólida reforma”⁷. Desde esa perspectiva Bello muestra algunas claves del pensamiento determinista posterior que le convierte en un precedente, pero está todavía imbuido de la ideología productivista de la Ilustración.

La firme oposición de Baralt

Una interpretación crítica a la contribución de la Guipuzcoana y de los vascos a la sociedad colonial venezolana es la del marabino Rafael María Baralt en su *Resumen de la Historia de Venezuela* de 1841. Para éste, “lo que al gobierno y a la colonia convenía era precisamente lo que desagradaba a los factores guipuzcoanos; los cuales no dejaron escapar sin provecho ninguna coyuntura favorable de sus privilegios. (...) Para este tiempo había hecho ya la compañía infinitos males a la comarca, y aun hubo momento en que sus violencias estuvieron a punto de producir una terrible guerra civil”. El haber levantado vastos y bellos almacenes y la defensa de los puertos en las guerras contra los ingleses son los únicos beneficios que “la provincia debió a la Compañía Guipuzcoana en la suposición

generosa de que se hiciesen por miras iguales de interés propio y de beneficio público. No bastan con todo a compensar los males que produjo”⁸.

A diferencia de los historiadores posteriores, imbuidos de determinismo geográfico y racial, Baralt interpreta la actuación de la Compañía con criterios estrictamente económicos. Nada visceral en las pasiones independentistas, a pesar de haber participado en la Guerra y de exiliarse con sus padres en Santo Domingo, su análisis se fundamenta en criterios socio-económicos.



Rafael María Baralt

Es precisamente el afán monopolista de esta empresa la raíz de la disidencia: “Los factores estancaron el precio de los frutos, como únicos que podían comprarlos, pues, aunque se presentaban algunos cargadores para Canarias y Veracruz, la compañía impedía que contratasen por sí mismos, vendiéndolas ella a precios moderados lo que necesitaban”. Con precisión recoge la existencia de esa doble competencia legal que parece ser olvidada por la historiografía contem-

poránea que olvida que Canarias comerciaba con Venezuela antes y durante su monopolio. Es el primero que deja clara las estrechas conexiones entre el poder político y la empresa: “los gobernadores, nombrados por el rey jueces conservadores de la compañía y ganados por el oro de ésta, no eran sino meros instrumentos de sus caprichos y violencias. Prohibiose a los capitanes de buques y a los cargadores que pagasen el cacao a mayor precio que ella lo hiciese. Todos los tenientes justicias de aquellos pueblos en donde el comercio producía alguna utilidad eran nombrados de entre sus dependientes. Éstos hacían al mismo tiempo el comercio exclusivo en los lugares de sus jurisdicciones respectivas, obligando a los labradores a venderles los frutos de primera necesidad”. Obviamente las conexiones entre la Compañía y el poder establecido, incluido el propio Consejo de Indias eran más que manifiestas. Baralt no las ignora⁹.

Se ha dicho falsamente que el planteamiento de este historiador está imbuido de una concepción antiespañola que nace de su odio a la metrópoli y que lleva a considerar a las rebeliones contra la Compañía como génesis de la emancipación. Quien observe su trayectoria personal abandonaría de antemano tal juicio a priori nacido de la ignorancia. Se sintió español hasta el punto de residir muchos años en ese país y servirle como diplomático. Sus juicios sobre la rebelión de Juan Francisco de León desde luego nada tienen que ver con esa dialéctica independentista. Lo que pretendían los insurrectos era “la supresión de la compañía”. Su interpretación de los planteamientos del canario lo sitúa con gran objetividad en la antítesis de su consideración como un líder anticolonial: “Parecía hombre mejor para reprimir revoluciones que para hacerlas, según era de profundo su respeto a las autoridades y de grande el horror que

veía toda especie de violencia o desacato hecho a la Majestad de las leyes y de los tribunales. No carecía ni de valor ni de seso, mas para ser caudillo de un levantamiento popular, confió demasiado en la sola justicia de su causa, creyó demasiado en las promesas de los opresores y cometió el error de hacer a éstos dispensadores del remedio que pudo poner él mismo con las armas”.¹⁰ Sus planteamientos, pues, son plenamente liberales, herencia directa del espíritu ilustrado, que trata de buscar en la historia socio-económica una explicación a los hechos.

La irrupción del positivismo. La interpretación de Arístides Rojas

Con la llegada al poder de Guzmán Blanco se asiste al profundo impacto del positivismo entre las élites venezolanas. Durante los 60 y los 70 se introduce a través del científico alemán Adolfo Ernst, profesor de Historia Natural en la Universidad Central de Venezuela. Rafael Villavicencio, Arístides Rojas y Vicente Marcano dan pie a esa escuela que presta especial interés a tales cuestiones. Sus escritos atraen a las nuevas generaciones a la lectura de pensadores como Comte, Darwin, Saint-Simon, Taine, Lebon o Spencer. El evolucionismo se impone en el pensamiento socio-político y científico. La debilidad de la Iglesia hace que fuera escasamente cuestionado.

Pese al carácter crítico hacia los tópicos racistas más vociferantes, los pensadores venezolanos son esencialmente deterministas. Aceptan la influencia del clima, la raza, la higiene y la tecnología en el progreso de la sociedad. Consideran indispensable la inmigración europea para blanquear el país. Migración que representa el progreso social y económico frente al pueblo ignorante y mestizo. Un investigador venezolano ha denominado a Venezuela desde ese punto de vista como

un país con café con leche, aplicando una caracterización de 1944 de Andrés Eloy Blanco¹¹.

El concepto de la identidad venezolana como mestiza y la afirmación de la modernidad a través de la incrustación de la migración europea, refuerzo de los elementos blancos en su composición étnica, ha sido una constante en las claves de su pensamiento socio-político. Arístides Rojas, de origen dominicano, fue el ideólogo e historiador por antonomasia en esa etapa. Defendió en su obra su convicción de que la civilización en Venezuela era obra de una nueva cultura en directo y progresivo cambio desde la sociedad de conquistadores e indígenas hacia una metamorfosis. Minimiza la aportación negra, que limita a los Valles costeros de Aragua y el Tuy. Fuera de esa región los descendientes de los antiguos esclavos se mezclaron con otros venezolanos desapareciendo todo signo de distinción como grupo racial. Dejaron algunos elementos folclóricos, pero ninguna huella como tales en la sociedad nacional. La idea de Rojas era considerarlos un anacrónico segmento de una sociedad modernizada. No considera que su restringida presencia afectaría negativamente al carácter de las nuevas generaciones. La inyección de sangre europea en una sociedad mestiza haría profundizar en las tendencias renovadoras¹².

Desde esa perspectiva se explica el carácter prevalente de lo vasco en la modernización de la Venezuela colonial. El determinismo de la raza es el agente del progreso social. Nada más esclarecedor al respecto sobre sus juicios que su opúsculo *El elemento vasco en la Historia de Venezuela*¹³. La lectura de su primera página no deja lugar a dudas sobre esa gama de "tópicos irredentos y ancestrales:" Hay un pueblo cuya historia remonta a la noche de los tiempos, cuyos hábitos, tradiciones y lenguaje no se han perdido al través de los cataclis-

mos humanos, cuya nacionalidad, como un fuero de los antiguos privilegios, se ha conservado en el transcurso de los siglos, después de luchas sangrientas y de episodios sublimes que los anales del mundo registran, como los puros blasones de la raza primitiva que pobló en remotas épocas el suelo ibero. Ese pueblo es el vasco". Brillante corolario de caracteres puros que le dan un matiz excepcional: "Indómito, guerrero, generoso, altivo, con sus tradiciones seculares, con sus costumbres austeras, con la sangre de sus hijos en las rocas de sus montañas, él representa en todos los tiempos de la historia, a la luz o a la sombra, la nacionalidad por excelencia, la independencia sin trabas, el espíritu de la libertad civil y de la voluntad popular". A que nos conduce esta diatriba, al "pueblo sin mezcla que ha resistido la acción absorbente del tiempo", que es "tan antiguo como el mundo", que resistió las cadenas de Roma, que "está solo, incrustado en el suelo de España, e independiente y libre, porque antes de español el vasco es vasco". Cuando todo se evapora, ellos permanecen, "nosotros no datamos". Es "la nacionalidad triunfante" (...) ¡cómo podríamos multiplicar los ejemplos de heroísmo patrio y de abnegación sublime de este pueblo sin rival para quien su independencia su talismán y su gloria!"¹⁴.

Los vascos están solos, pero siempre vencen en todo tiempo y lugar, "tienen por escudo la gloria de sus progenitores, por divisa su nacionalidad y por retirada sus montañas". Pertenece "a todas las glorias y a todos los lugares". En América está presente por todas partes, "donde se inmortaliza con los hechos". Pero su contribución se dirige especialmente a "una sección del continente donde a las aventuras dramáticas se hermanan las ideas civilizadoras; donde numerosas familias de origen vasco se conservan como herederas de grandes virtudes cívicas y privadas y donde la más pura

gloria irradia sobre España de una manera admirable. Nos referimos a Venezuela”. Los vascos son los españoles puros, sin mezcla de raza, con todos los valores consustanciales a ese prototipo que se mantienen como tales en el país del Orinoco y portan en él la civilización. Mantiene la misma idea que el regidor vasco de Caracas Manuel de Francia sostuvo sobre los canarios al contraponerlos con los de su nación para negar su participación entre los españoles en la alternancia de los alcaldes. No eran “españoles legítimos o castizos”¹⁵.

A esa raza indómita y pura se le deben todos los valores que considera positivos: al proporcionar “la virtud austera en el corazón de nuestros hogares, el elemento vasco como heredero de los grandes hechos, contribuyendo a la emancipación de Venezuela, a la celebridad de sus hombres, a la independencia y sostén de la Patria y a la gloria inmortal del primero y más grande de sus hijos”¹⁶.

Tras narrar las aventuras de Lope de Aguirre, que “dejó su nombre infamado en las páginas de la historia patria, aborda la fundación de la Compañía Guipuzcoana. Su exaltación no es poco menos que entusiasta. Los vascos fundan con ella “el principio de una época inmortal”. Siembra los gér-

menes de la riqueza venezolana y saca al país “del triste estado en que yacía después de la conquista”, en el que el contrabando les mantenía en la incuria y la negligencia. A los vascos se les debe esa liberación. Eran por imperativo de raza “los varones fuer-



Casa guipuzcoana, en La Guaira

tes, los emprendedores esforzados que abrieran para Venezuela el principio de una época venturosa”. Fueron “los primeros innovadores y los verdaderos creadores de la industria agrícola”. Eran mercaderes, pero no burgueses cualquiera. Sus privilegios como asociación mercantil les daban “un carácter de respetabilidad hasta entonces desconocido en los países de América. Todavía más: era un mérito de honra, nuevo e ilustre blasón (...). Era la primera aristocracia mercantil fundada en el Nuevo Mundo”¹⁷.

La oposición a ella sólo podría

proceder de “partidas de hombres ignorantes y corrompidos”. Como consecuencia de su eliminación por el Gobierno en Yaracuy habría sobrevenido la paz. El progreso procedía de criterios raciales. Todo se debía a las virtudes ancestrales de esa raza legendaria que liberó a Venezuela de la barbarie reinante hasta entonces. El loor no tiene desperdicio y merece recogerse: “Al hacha de los vascos quedaron derribados los árboles seculares, testigos de la conquista y aparecen las sementeras en relieve a impulso del arado generoso (...) . Por dondequiera, el aire de vida y el trabajo, que es el alma de los campos, invita a la faena, y los pueblos, saliendo de la apatía, se visten con los colores de Flora. De uno a otro extremo de la colonia, familias vascas, al frente de cada factoría, obedecen al impulso dado y la tierra selvática desaparece en grandes proporciones para transformarse en ricas y pingües arboledas, donde prosperan los frutos de la zona tórrida”. Prosigue el relato narrando líricamente la multitud de cultivos y ventajas que la labor de los vascos hizo germinar en Venezuela para decir que no sólo ostentó el vasco su pujanza en el cultivo de la tierra y en el incremento del rebaño, sino en la construcción de nuevos pueblos por toda su geografía, hasta las orillas del Portuguesa y el Apure, que pasaron de “regiones selváticas en centros de movimiento y lucro”¹⁸. No importa que le falle la cronología en el proceso de implantación de cultivos y la ocupación de territorios, da lo mismo, no hay argumentos ni análisis históricos documentados, lo único trascendental es el determinismo étnico de una raza aristocrática, sin mezcla ni tacha.

Tras la Guipuzcoana “la labor civilizadora” de “esa colonia de vascos que había fundado la agricultura el trabajo sistematizado, el hogar con todas sus virtudes

en armonía con los intereses sociales bien entendidos” continúa, pero ahora con individuos. Expande la agricultura por doquier, a ellos se debe el poderío de los valles de Aragua. Todo a ellos se debe: el añil, el algodón, la caña de azúcar... Su labor dejó a sus hijos “por herencia provechosa las virtudes del hogar y el amor al trabajo y a la patria”. Aportaron a Venezuela la familia y la patria. Por ello los linajes que descienden de ellos guardan como reliquia “las costumbres austeras de los tiempos pasados, la tenacidad en el cumplimiento del deber, la honradez en el trato y hasta rigidez en sus opiniones”. La guerra de independencia desde esa perspectiva es para Rojas la continuidad de su obra. A pesar de la acción del tiempo sólo lo vasco ha logrado conservarse, ninguna raza como ella desempeñó en la historia de la colonia “un papel tan fecundo en beneficios como útil en sus tendencias”¹⁹.

El culmen de ese proceso es la figura de Bolívar, corolario de todo lo sublime de la herencia vasca, a la que dedica 36 páginas. En ella inserta la traducción de los patronímicos de los vascos en Venezuela, predilección que curiosamente ha sido después muy ejercitada por la historiografía venezolana ensalzadora de talas virtudes ancestrales, aunque sin citar la procedencia²⁰. La trascendencia de lo vasco en la Venezuela colonial la contrapone con la ausencia prácticamente total de ésta desde la independencia. No se explica cómo no han venido a cultivar la patria de sus antepasados. Sólo a orillas del Río de la Plata es “donde los vascos modernos, hace treinta años, han querido fundar su patria americana”²¹.

Aunque no lo dice Rojas porque entraría en contradicción con la continuidad de los lazos familiares y étnicos vascos teorizados con anterioridad, se desprende de todo ello que la ausencia de migración vasca en el siglo XIX venezolano fue una de



Aristides Rojas

las causas de la decadencia de ese país, que logró incrustar esa sangre “liberadora” en la decadente mestiza y meridional. Toda vez que sólo llegaban en cantidades significativas emigrantes canarios, se repetirían los males ancestrales que sólo los vascos supieron contrarrestar.

Arraigo y continuidad: Gil Fortoul y Rivas

Robert J. Ferry recoge lo sorprendente del fuerte arraigo y pervivencia de las tesis oficiales de la Compañía Guipuzcoana hasta en la historiografía venezolana más

reciente. Fue indiscutiblemente la política de la alternativa y el dominio sobre el régimen de precios lo que llevó a los caraqueños después de 1739 al contrabando y no justamente a la inversa. La Compañía no controló el contrabando; antes bien, su actitud monopolista lo convirtió en imprescindible para la supervivencia, sobre todo en las pequeñas haciendas. Las exportaciones de cacao no tuvieron precisamente su apogeo en la etapa en la que la política gubernamental la favoreció abiertamente²².

Gil Fortoul hizo suyos los planteamientos de Rojas. Firme partidario de las doctrinas positivistas y evolucionistas, acepta el clima y la raza como determinantes de la evolución nacional. Las guerras civiles venezolanas eran la evidencia de la escasa afluencia de emigración europea. En su obra “El hombre y la historia insiste

en la ausencia de un elemento racial puro en el mundo hispanoamericano. Varias centurias de mestizaje habían creado un pueblo de origen multirracial. En la Venezuela de 1890 domina la vida social una combinación de aluviones étnicos y culturales diferenciados por la herencia y el medio físico. Su progreso vendría tanto por la afirmación de los elementos blancos presentes en la mestiza Venezuela, como en la afluencia masiva de millones de inmigrantes europeos que absorbiesen la población autóctona. Sería esa migración la que conduciría a la firme inclusión del país en una sociedad capitalista moderna.

En su obra más lograda, la *Historia constitucional de Venezuela*, expone alguno de los elementos claves de su pensamiento sociopolítico. Dentro de él lo vasco como factor étnico de modernización es también otro tópico presente. Su manipulación ciertamente llama la atención. A los productores les daba lo mismo vender a la Guizpuzcoana que a los holandeses, sólo que era un mercado más seguro y que recibía mayor proporción de mercancías. Además gracias a ella se trajo mayor número de esclavos. Desde el punto de vista político originó “la hasta entonces pobre e inculta colonia venezolana (...) libros, ideas, moderno espíritu emprendedor. Hombres arrastrados en su mayoría por el movimiento que iba a culminar en la Enciclopedia y en la Revolución Francesa. Guipúzcoa, vecina de Francia y hogar de una raza noble que juntó siempre las energías del trabajo con el espíritu de independencia, vino a modernizar en lo posible el anticuado régimen de los conquistadores”. Hasta el café se debió a su impulso. La rebelión de Juan Francisco de León fue desde esta perspectiva la manipulación de “las prerrogativas de la clase oligárquica constituida por los grandes propietarios de la tierra, descendientes de los conquistadores y encomenderos”, que se oponían a la modernización para proteger “sus rutineros sistemas de cultivo y comercio” para él “las turbulencias de 1749 a 1752 nacieron y se alimentaron de una pretensión egoísta y nada patriótica de la oligarquía territorial”. Una elite que, gracias a su influjo, fue capaz de abrir sus puertas al mundo civilizado con la primera revolución social y política. Por tanto a la etnia vasca se le deben todos los progresos de la Venezuela colonial. Afirma que “fue infinitamente más civilizador que la enervadora rutina en que todavía vegetaban estas

regiones dos siglos después de la llegada de los conquistadores. Cuando la compañía perdió su monopolio mercantil, quedó siquiera el espíritu progresista que ella introdujo con sus factores, empleados y obreros, pertenecientes todos a la parte más enérgica y emprendedora de la población peninsular. Fuerza es, pues, repetir, que a ella se debió principalmente la relativa prosperidad en que se hallaba la Colonia al proclamar su independencia”²³. Poco importa que el auge del comercio del cacao se debiese al tráfico con Nueva España, o que la compañía hubiera encarecido seriamente las mercancías, o que bajase la cotización del cacao, o incluso que fracasase estrepitosamente en el suministro de esclavos hasta el punto de que se ha llegado a decir que favoreció la transición hacia el trabajo libre por su escasez y carestía. La idea central que debía prevalecer es que una etnia con mentalidad capitalista había vencido el atavismo de la sociedad mestiza colonial, cuyos elementos criollos se oponían a todo trance a la modificación de sus hábitos rutinarios arraigados en el medio.

Ángel Cesar Rivas, en su discurso de incorporación a la Academia de la Historia de Venezuela en 1909, reimpresso más tarde en sus Ensayos de historia política y diplomática, exalta la Compañía. La considera el hecho capital del progreso de Venezuela. Sin ninguna documentación que le avale afirma que “otorgó primas anuales considerables y proporcionadas al aumento de las cosechas de cacao” adquiriendo en cantidad suficiente artículos de importación. Con ella alcanzó un “vuelo considerable” la agricultura, la fundación de pueblos, la circulación de capitales y los auxilios prestados en la Guerra con Inglaterra. Con su aporte “mezclados a los descendientes de los antiguos colonos, casi todos los hijos de esos vascos y navarros



José Gil Fortoul

cultivaron la tierra, fomentaron las industrias y, llegado el momento, contribuyeron a asegurar la independencia”²⁴.

La exaltación de lo vasco en la historiografía vasco-venezolana: Basterra y Amézaga

Para completar esa labor exaltadora sin aparato crítico ni empleo sistemático de fuentes que permitiesen un diagnóstico objetivo de la realidad, dos escritores vascos establecidos por diferentes circunstancias en Venezuela, Ramón Basterra y Vicente de Amézaga, contribuyeron de forma significativa a reafirmar esa decisiva presencia en todos los órdenes, desde los económicos a los ideológicos y demográficos. El primero, embajador de España en Venezuela, dio a luz en Caracas una obra cuyo rimbombante título, *Una empresa del siglo XVIII. Los navíos de la Ilustración. Real Compañía Guipuzcoana de Caracas y su influencia en los destinos de América*²⁵, ha servido para justificar de forma automática y sin ninguna fuente que lo justifique la entrada de la Ilustración en el país gracias a la influencia vasca.

Basterra argumenta su apasionada defensa de la Guipuzcoana en criterios raciales. Ésta suponía “la europeización de aquel Imperio dormido en las novenas y las plegarias de la Casa de Austria”, que disgustaba al pueblo, “habitado a las dulzuras del libre comercio y codicioso de sacar provecho de las granjerías de los holandeses”, y a los cosecheros soberbios, “acostumbrados también a vivir de esa flojedad de resortes en que se hallaba la Capitanía”. Todos “preferían el criterio inorgánico de las ganancias a ciegas y sin provecho para su patria en los leños de los Países Bajos”. La rebelión de Juan Francisco de León, que califica despectivamente como algarada, la ve como “un caso de antipatía entre regiones”. Los funcionarios de la Compañía que

rían “la vasquización de Venezuela”, “una empresa del más puro estilo europeo” auspiciada por la Corona. Esa alianza explica su hegemonía política. La intensidad con que “el pirenaico siente el imperativo del camino recto en la conducta” en una sociedad indolente le llevó “con el mejor de los propósitos a las violencias salvadoras del despotismo ilustrado”. Nace ahí el conflicto entre el progreso protagonizado por una raza frente al arcaísmo de “las entrañas meridionales de Venezuela”. De ahí que la rebelión no supusiera más que la expresión de “una vehemente antipatía del Sur contra el Norte, de los meridionales contra los nórdicos”. Lo que hubo fue “un cuerpo a cuerpo de isleños contra vizcaínos”. León lo que muestra es “una profunda antipatía por los hijos de otra raza que son rudos, son acometedores en la acción y están faltos de esas ductilidades que hacen la gracia y son la flor de los aterciopelados isleños”. Es una pugna promovida por los enemigos del progreso, “de las reformas típicamente europeas, ensayadas sobre una raza desconocedora de sus propios intereses de defensa proteccionista, por la administración innovadora de los soberanos Borbónicos”. Es el “motín de las capas o el motín de Esquilache”²⁶.

Puede observarse desde esa perspectiva el carácter étnico de su análisis: raza promotora del progreso y europeísta frente a la arcaica y anquilosada “desconocedora de sus propios intereses” y que se resiste a un cambio reformador. Esa barbarie étnica fue atacada, minada y derruida por la Compañía. Por sus principios “inspirados en los principios de acelerar las explotaciones naturales por el racionalismo de nuevos métodos” y por “su agitación benéfica” supieron con “el optimismo que da el sentir a las espaldas la mirada benévola del superior paternal supieron los guipuzcoanos despejar los resabios de la indolente costumbre y

**REAL CEDULA
DE FUNDACION
DE LA REAL COMPAÑIA
GUIPUZCOANA DE CARACAS,
Y REGLAS ECONOMICAS
de buen gobierno, con que la estableció la
M. N. y M.L. Provincia de Guipuzcoa, en
Junta General del año de 1728.
CON ADICION DE LAS POSTERIORES
Declaraciones de S. M. sobre varios puntos,
hasta el año de 1753, donde se comprehenden
tambien algunas Gracias, y el fuero privile-
giado para las Causas de los Depen-
dientes de la Compañia.**



MADRID: En la Oficina de Don Antonio Sanz,
Impresor del Rey N. S. y su Consejo.

Fundación de la Compañía Guipuzcoana

de los hábitos alicaídos y burlones”. La hidalga indolencia existente antes de 1730 “se desperezó en virtud del empujón pirenaico, que impuso en el ámbito de su influencia el ritmo de actividad, de jubiloso laboreo al que invitaban, no sólo en la palabra, sino con la conducta de obstinados trabajadores”²⁷.

Puede apreciarse la contundencia de los tópicos raciales de la rudeza y carácter emprendedor de los vascos frente a la indolencia, aterciopelamiento y burla de los meridionales. Una pugna en la que se impuso el carácter indomable de los primeros que impusieron su ley y transformaron por

completo la Provincia. Ningún pueblo en el mundo “hubiera desarrollado mayores capacidades de organización, tenacidad y disciplina”. Con ellos nació el espíritu avanzado en la sociedad caraqueña: “antes de la Guipuzcoana los señores de Caracas dormía”. Donde su tradición mercante no irradió, reinó el atraso, como en los Andes. Sin ellos “el espíritu conservador de las regiones andinas sería general”²⁸.

Un exiliado vasco, Vicente de Amézaga Aresti, jurista de carrera y Director General de Enseñanza del Gobierno autónomo vasco durante la República española, ha sido un entusiasta continuador de esa concepción histórica con sus obras *Hombres de la Compañía Guipuzcoana* (Caracas, 1963) y *El elemento vasco en el siglo XVIII* (Caracas, 1966). Aunque afirma que ha intentado evitar “siempre que un mal entendido patriotismo nuble nuestra visión”, su escaso análisis crítico

del proceso le lleva a limitar su trabajo a un mero panegírico biográfico de los héroes, sin tener en cuenta los problemas reales y repitiendo los viejos tópicos que afirman que la cuestión de la Guipuzcoana es la lucha entre los legalistas y los contrabandistas. Sigue reiterando la idea trasnochada inspirada por la propia Compañía de que el origen del auge exportador se debe a ella, ignorando manifiestamente otras vías de competencia anteriores a ésta, como el tráfico mejicano, el canario o el de la Compañía Británica. Sigue considerando la rebelión de 1749 como un mero producto de la oligarquía caraqueña enemistada con su

monopolio, cuando en realidad nació de los pequeños cultivadores que se veían obligados al contrabando como única alternativa ante la ineludible obligación legal de vender su cosecha a precios cada vez más alicaídos a la Guipuzcoana. Todo lo contrario que los mantuanos que podían fletar sus barcos directamente hacia Nueva España y que sólo protestaban por la alternativa, que les obligaba a esperar que se llenase el navío de la Guipuzcoana para proceder al siguiente. La ausencia del más mínimo análisis de precios, de capacidad exportadora real, etcétera, hace que su trabajo se limite a una declaración de tópicos. Por ello justifica que el monopolio “fuese el sistema más eficaz o quizá el único de explotación de las riquezas venezolanas, como la misma Compañía lo reconoce”. Triste ironía cuando el mismo comercio canario con su buque anual continuó comerciando con Venezuela durante su monopolio, a pesar de que ese hecho sigue siendo ignorado por él y por buena parte de la historiografía venezolana posterior. Un tráfico canario de exportación de cacao que era mucho más competitivo, en la misma Cádiz, que la Guipuzcoana, hasta el punto que ésta hizo cuanto estuvo en su mano para suprimirlo. Tan alta rentabilidad explotadora curiosamente explica que mientras que el tráfico isleño dejó de ser rentable en La Habana y Campeche tras el libre comercio, la larga pervivencia del monopolio convirtió a La Guaira en su puerto más ventajoso y demandado. Por ello para Amézaga el carácter de contrabandistas de los canarios es el origen de la rebelión, ya que su mayor móvil, haciendo suya la frase del Gobernador Arriaga, era “la libertad en el ilícito comercio”²⁹. La severidad con que se reprimió el tráfico ilegal era el origen de la asonada. Ésta era la causa que explica que su régimen fuera contrario “a los arraigados intereses de gran número de agricultores que, como en el caso de los isleños, com-

patriotas del propio León, eran contrabandistas natos”. Las acusaciones de éste son infundios acumulados “sobre la cabeza de uno de los pueblos más sólidamente católicos del mundo”³⁰. Así de nuevo, con el viejo conflicto entre meridionales y septentrionales, entre pueblos rectos y austeros y contrabandistas consuetudinarios, se vuelve a explicar el conflicto en términos raciales. El problema de los pequeños cultivadores no era el que los precios pagados por la Compañía por su cacao habían bajado drásticamente y se veían obligados a practicar el contrabando con los holandeses como única forma de sostener sus haciendas, sino que lo hacían porque eran unos congénitos defraudadores que tenían engendrado en su cabeza ese maldito germen que obstaculizaba el progreso económico del país.

Su segunda obra es un palpable ejemplo de la exactitud y rigor de su metodología. *El elemento vasco* tiene como objetivo enaltecer su papel demográfico y social, demostrar numéricamente con una lista de personas “la masa de vasos cuyo número fue en modo alguno despreciable, como podrá verse en las listas que forman el cuerpo de este volumen”. Una enumeración que “pueda ser grata a los millares de hijos de Venezuela por cuyas venas corre la sangre de esos hombres que al afincar en esta tierra generosa, prestaron su aliento y muchos de ellos ofrendaron su vida a la superior empresa que después de la Guipuzcoana habría de plasmar para siempre aquí: la de la integración de una patria que, animada por el impar genio de Bolívar, se incorporaba para siempre al concierto de los pueblos libres”³¹. Con este argumento vuelve a vincularse a esa indómita raza los dos hechos trascendentales del progreso venezolano: la Compañía y la Emancipación.

Los criterios barajados para elaborar la lista demuestran de antemano su escaso rigor. En primer lugar escoge el apellido

“para la determinación de la nacionalidad”, a pesar de que reconoce que no es infalible, si bien nos deja perplejos cuando señala que se refuerza “con el documento en que aparece, uso del de antes del gentilicio, costumbre por entonces aún más general que ahora entre los vascos”, el viejo determinismo mesiánico de la etnia siempre presente como argumento. Curiosa ironía cuando vemos en la Venezuela actual la gran cantidad de personas de color con apellidos vascos, todos ellos “descendientes” de esa raza. Otro argumento de emigrantes es el de incorporar a ella los marinos que “con razón puede decirse, a primera vista al menos, que no son inmigrantes”. Más preocupante es su escaso rigor en su elaboración que le lleva a constantes repeticiones de la misma persona, como si fuera diferente, que lleva a repetirla en numerosas ocasiones, cuando se puede apreciar que se trata de una reiteración.

Con ese principal baluarte del apellido, se aprecia de antemano que en la mayoría de los casos no conoce el origen de los mismos. Los incluye sólo por “su gentilicio”. Este hecho por sí lo invalida, junto con las constantes repeticiones, como la del marino Francisco Echevarría que cita cinco veces como si se tratara de individuos distintos, a pesar de figurar en los barcos de la Guipuzcoana en fechas prácticamente consecutivas. A modo de ejemplo, podemos apreciar simplemente con una somera lectura cómo entre “esos vascos”, cuya procedencia la determina su gentilicio, nos encontramos entre los originarios de Tenerife a los laguneros José Miguel Alzola y Gregorio Anxola, alcalde de Barquisimeto; a los cuatro Anchieta de Caracas, Coro y Puerto Cabello; a los orotavenses Francisco de Cala y Ugarte, residenciado en San Felipe, y José Cala y Vergara; a los portuenses José Cocho de Iriarte, Marcos y Telesforo Orea, y al santcacrucero José

Tolosa o al sauzalero Francisco Perera Ancheta, de los que lógicamente no señala su origen.

NOTAS

¹ FERRY, R.F.: *The colonial elite of Early Caracas. Formation & Crisis (1567-1767)*, Berkeley, 1989.
HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M.: *Los canarios en la Venezuela colonial (1670-1810)*, Tenerife, 1999.

² ARCILA FARIAS, E.: *Comercio entre Venezuela y México en los siglos XVII y XVIII*, México, 1950.

³ HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M.: *La emigración canaria a América (1765-1824)*, Tenerife, 1996.

⁴ ITURRIZA GUILLÉN, C. (ED.): *Matrimonios y velaciones de españoles blancos criollos en la Catedral de Caracas (1615-1831)*, Caracas, 1986.
MACÍAS HERNÁNDEZ, A.M.: *La migración canaria, 1500-1980*, Colombes, 1992.

⁵ *Y se limpie aquella tierra. Limpieza étnica y de sangre (siglo XVI-XVIII)*, Madrid, 2000.

⁶ En *Calendario Manual...*, Ed. facsimilar de 1968, pp.46-47.

⁷ *Op. Cit.* p.49-50.

⁸ Seguimos la edición de Curaçao de 1887, Tomo I, pp.391-392.

⁹ *Op. Cit.*, Tomo I, pp. 391-392.

¹⁰ *Op. Cit.*, Tomo I, p. 394.

¹¹ WRIGHT, W.R.: *Café con leche. Race, Class and National Image in Venezuela*, Austin, 1993.

¹² ROJAS, A.: *Estudios históricos. Orígenes venezolanos*. Caracas, 1972.

¹³ Editado en *Capítulos de Historia colonial de Venezuela*, Madrid, 1919.

¹⁴ *Op. Cit.*, pp. 9-13.

¹⁵ Cit en HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M.: *Op. Cit.*, p. 194.

¹⁶ ROJAS, A.: *Op. Cit.*, pp. 15-16.

¹⁷ *Op. Cit.*, pp. 35-39.

¹⁸ *Op. Cit.*, pp. 40-42.

¹⁹ *Op. Cit.*, pp. 46-48.

²⁰ *Op. Cit.*, pp. 79-84.

²¹ *Op. Cit.*, p. 48.

²² FERRY, R.J.: “El sistema portuario y mercantil en el Caribe en el siglo XVIII: precios de cacao, la trata de esclavos y su impacto en la provincia de Caracas”. *Historia das ilhas atlântica, Madeira*, 1997. Vol. 1,

p. 417.

²³ GIL FORTOUL, J.: *Historia constitucional de Venezuela*. Caracas, 1953, Tomo I, pp. 143-140.

²⁴ Reproducido en GRASES, P.: "Estudio crítico sobre la bibliografía de la Real Compañía de Caracas", en *Los Vascos y América. El comercio vasco con América en el siglo XVIII. la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas*", Bilbao, 1989, pp. 270-273.

²⁵ Impresa en Caracas en 1925. Reeditada en 1970

por Ediciones Cultura Hispánica, que es la que hemos consultado para este estudio.

²⁶ *Op. Cit.*, pp. 69-74.

²⁷ *Op. Cit.*, p. 228.

²⁸ *Op. Cit.*, pp. 228-229.

²⁹ *Hombres de la Compañía Guipuzcoana*, Caracas, 1963.

³⁰ *Op. Cit.*, pp. 239-240.

³¹ *Op. Cit.*, pp. 23 y 25.

